

LAS ISLAS CANARIAS

Agustín Millares Carlo formó parte de la amplia nómina de escritores, pintores, músicos, médicos, economistas, profesores y políticos de primera fila que se incorporaron a la vida económica e intelectual de México, tierra de adopción de muchos de los exiliados republicanos⁽¹⁾. Este trasvase de intelectuales en plena sazón supuso una fértil producción de ideas, investigaciones y creación, que de alguna manera devolvieron a México la hospitalidad mostrada hacia ellos.

En su integración en la gran metrópoli mexicana y en la consecución de los primeros trabajos estuvo siempre presente el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE). El SERE, fundado en París por Juan Negrín, planificó en México empresas financieras e industriales que supusieron una salida laboral para muchos transterrados. La amistad personal entre Negrín y Millares, le facilitó a éste la vía americana, como salida a una situación personal desgarrada. Millares fue nombrado vicecónsul en México y miembro de la directiva del SERE. Ya en México, supuso el inicio de sus actividades profesionales, retomando muchos de los temas e investigaciones tronchadas en España. El SERE fue una

referencia constante en cada paso dado por Millares en los primeros momentos del exilio.

Agustín Millares tuvo que rehacer toda su vida en México. La Guerra Civil se la había roto no sólo en lo profesional, sino también en lo personal. Su adaptación no fue difícil en lo laboral, pues continuó en América muchas de sus dedicaciones anteriores en España. Sin embargo, su presencia en México era forzada, y nunca dejó de pensar en un regreso que diese continuidad a tantas tareas dejadas a medio hacer. La cabeza continuaba estando en España. Dada esta situación, no era de extrañar que recrease el ambiente perdido a cada oportunidad que se le presentase.

Del SERE dependía la Junta de Cultura Española, cuyo objetivo era revivir allí la cultura y la capacidad creadora de los exiliados. Bajo patrocinio de la Junta apareció *España Peregrina*, la primera revista del exilio. En ella Millares participó junto a quienes creían en una España democrática, con el propósito de no callar las voces que recordasen como la soberanía y la justicia habían sido arrolladas por las armas. *España Peregrina* fue un fruto inmediato del exilio, para defender una España y una enseñanza

liberales, en clara oposición a la España oficial⁽²⁾. En el pulso que se mantenía con ésta, había que ganarla desde México. Para lo que se requería una proximidad de ánimo, y realizar investigaciones científicas más modernas de las realizadas en España.

La breve vida de esta publicación fue continuada por *Cuadernos Americanos*, voz de la nueva cultura hispana tras la mezcla de españoles y mexicanos que supuso el destierro. En ella también participó Millares. Igual que con la Editorial Séneca, financiada por el SERE y formada dentro de la Junta de Cultura Española, donde editó obras de literatura clásica y española. Y con el Fondo de Cultura Económica, que dio trabajo a muchos españoles, y que publicó obras trascendentales de don Agustín, incluso de forma póstuma.

No habían pasado seis años de destierro, cuando en 1946 los exiliados en México estaban convencidos de que el regreso a casa era inminente. En ese contexto surgió la revista *Las Españas*. Esta publicación se convirtió en la voz literaria de los intelectuales españoles afincados en México. Pretendía divulgar la cultura española del exilio. Contenía una sección cariñosamente llamada *España*





en el recuerdo. Sirvió para hacer memoria nostálgica de las diferentes idiosincrasias que componían la España que tanto añoraban. Como cabía esperar la contribución de Millares Carlo a esta sección trató sobre las islas que le vieron nacer.

No era la primera vez que escribía sobre Canarias y su costumbrismo. Podemos considerar que su despedida de España un mes antes de comenzar la Guerra Civil fue hecha a través del periódico tinerfeño *La Prensa* con un artículo premonitorio de la nostalgia que por sentir las islas iba a tener durante casi cuarenta años⁽³⁾.

Pese a nuestra insistencia, no habíamos encontrado *Las Españas* en ninguna hemeroteca española. Nos fue enviada una copia de la aportación de Millares por la biblioteca de El Colegio de México. Y hemos pensado que merecía la pena difundir esta visión que Millares Carlo tenía de su tierra canaria. Aunque fuese tantos años después de haber sido publicada⁽⁴⁾. Desde luego, al leerla, se aprecia el profundo sentimiento que le producía la lejanía de casa. La visión erudita de las islas no puede evitar que se filtren detalles muy enraizados, nacidos de la observación y el cariño, y sin duda magnificados por el deseo de volver y la imposibilidad de hacerlo.

A NICOLÁS CABRAL

España en el recuerdo.

Las Islas Canarias.

Por la ventana alcanzaba a divisarse en la lejanía la montaña, recortándose limpiamente sobre el azul del cielo, y a sus pies el puerto. Era primero como una ligera nube, tan tenue y sutil, que apenas

los ojos eran capaces de percibirla; iba en aumento luego, hasta que al fin veíase al barco doblar el extremo de la Isleta, y avanzar lentamente hacia el fondeadero. Abigarrado conjunto de seres extraños invadía a poco las calles de la ciudad, tomaba por asalto desenfadadamente los mercados, y emprendía luego la obligada excursión por la carretera del centro.

Si el guía, nuestro delicioso "intérprete", lograba retener a alguno en la ciudad, entonces la meta de su curiosidad era o la Catedral, o el Museo Canario. En la primera, de estilo neoclásico, al fondo de la plaza de Santa Ana, con sus perros broncíneos y las bandadas de palomas que anidan en las torres del viejo edificio y que acuden, como en la Mayor de Venecia, a picotear el sustento en la

mano de los paseantes, podían admirar el famoso Cristo de Luján Pérez o el corazón que el prelado don Luis de la Encina, obispo de Arequipa, legara a sus paisanos. Sorpresa debía de causar al inteligente el recorrido por las galerías del Museo, institución, como pocas, con su colección de momias de aborígenes de rubio cabello como la dulce princesa Dácil, heroína del poema de Antonio de Viana. Cinco años de su vida pasó recorriendo las islas, atesorando restos y haciendo observaciones el arqueólogo francés doctor Verneau, a quien conocimos ya muy anciano, empleado en el propio Museo, junto a la habitación que guarda como preciado tesoro los muebles del dormitorio de don Benito Pérez Galdós, y demás objetos que en él se hallaban al ocurrir en Madrid la muerte del gran novelista. Contemplando esas reliquias un cúmulo de recuerdos acudían de seguro a la mente del visitante que hubiese tenido la suerte de conocer en las postrimerías de su vida al autor de *Doña Perfecta*: volvería a verle en aquel mismo lecho, donde se recogía desde la caída de la tarde y escuchaba las campanas de una iglesia próxima, que le traían el recuerdo ya tan lejano de las de la Catedral de su tierra, tierra que nunca se borró de su memoria. Placía evocar ante sus visitantes tal o cual tipo curioso entrevisto en los tiempos juveniles, o referir alguna anécdota en torno a sucesos ocurridos antaño en el solar nativo.

Cambia ahora el panorama, tal como se nos representa si cerramos los ojos y nos concentramos en el recuerdo. Rumbo a Tafira, el camino se desvía hacia la cueva de los Frailes y la Calzada. Ante la casa rústica con su amplio patio, donde la familia del mayordomo, sentada en el duro suelo, yanta el gofio amasado en el



gran lebrillo, acompañándolo de fresco queso como “conduto”, se yergue el árbol plantado por la mano del abuelo. Poco más allá, alejándonos de las peligrosas cercanías del barranco, vamos bordeando la acequia, cruzamos el sendero plantado de pomarrosas y llegamos al estanque misterioso en cuyas orillas croan las ranas al atardecer. Cerca se halla la casa del indiano con su grande y vetusto balcón de madera, adornado de flores y enredaderas, el típico balcón canario, de que aún en las ciudades antiguas se alcanza a contemplar algunos ejemplares. Vésele pasear algo encorvado por entre las plataneras. Un buen día marchó rumbo a América, a La Habana tal vez o acaso a Venezuela. Sonrióle la fortuna y ahora en aquel apartado rincón del terruño se complace en una existencia tranquila. En las grandes solemnidades vestirá su terno negro, cubrirá su cabeza con el albo panamá y lucirá la leontina de oro, que es a manera de emblema simbólico del hombre que acertó a acumular real sobre real en las tierras del nuevo continente.

Imaginemos ahora en plena civilización de nuestra época un pueblo troglodita que no otra cosa es la Atalaya. Allí, en cuevas rehundidas en la ladera de la montaña, viven las gentes, dedicadas por lo común al trabajo de la alfarería. A la puerta de una de esas típicas moradas, una madre amamanta al niño, mientras entona el dulce *arrorró* con que la mujer canaria adormece a sus hijos.

Unamuno se sintió sobrecogido ante el espectáculo del paisaje de Tejeda, al que calificó de “tempestad de piedra”. Otros lugares volcánicos causan al espíritu parecida impresión de desoladora angustia, análoga a la que producen ciertos parajes de la reseca Fuerteventura, donde para acentuar más su aspecto desértico y africano, utilizan el camello como animal de carga y para las faenas del arado. Pero, tomando con estas modalidades vivo contraste, el espectador contempla el cuadro riente de la vega de Gran Canaria o el valle de la Orotava, a los pies del Teide, que hizo arrodillarse a Humboldt, deslumbrado ante tanta belleza.

Las ciudades antiguas o la parte antigua de las modernas ofrecen encantos y atractivos a los que es difícil sustraerse. Llévase la palma entre todas La Laguna, vieja ciudad de los Adelantados, con sus casas solariegas, sus paseos umbrosos, sus viejos edificios (la Catedral, el Instituto, que guarda riquísima biblioteca), etc. En ella vio la luz el padre de José de Anchieta, taumaturgo y apóstol del Brasil, y residió en su juventud José de Viera y Clavijo, formando parte de la tertulia célebre del Marqués de Villanueva del Prado, donde por vez primera se respiraron en las islas los aires enciclopedis-

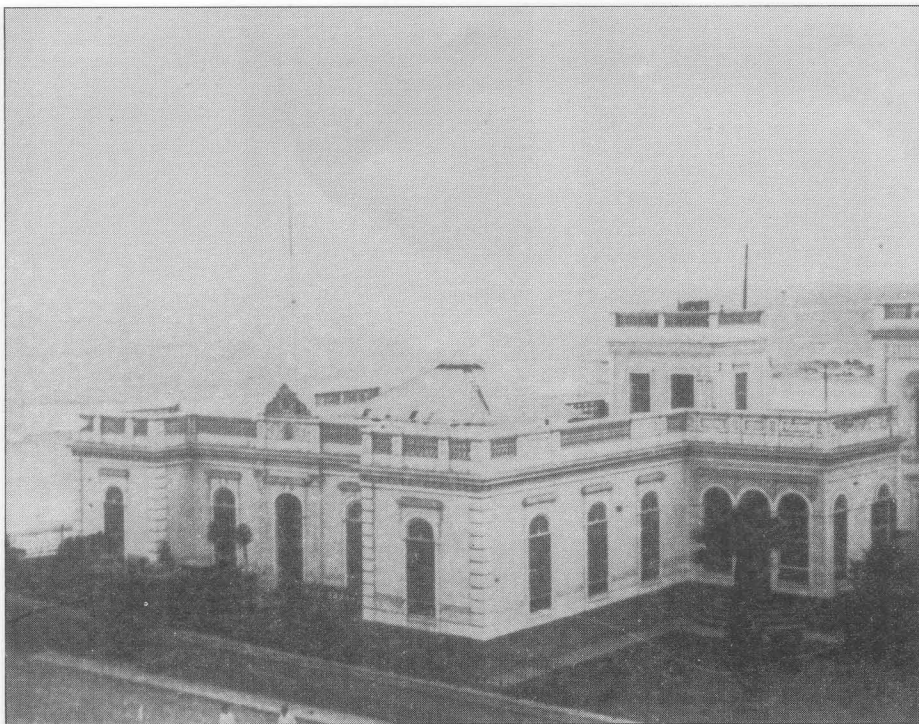


tas. Las Palmas, en la Gran Canaria, guarda como reliquia inapreciable la sencilla ermita en la que oró Colón cuando pasó por la isla rumbo a lo desconocido, en el curso de su primer viaje, la típica iglesia de Santo Domingo, y el rincón inolvidable que en el barrio de Vegueta, forman al juntarse la parroquia de San Agustín y el edificio de la Audiencia Territorial. Un espíritu de elección que interpretó magistralmente las escenas cotidianas de la vida isleña, Alonso de Quesada, gustaba de irse a contemplarlo de noche, a la luz de la luna, forjándose la ilusión —realidad casi— de tener ante los ojos una estampa del siglo XVI. Subiendo por la calle, y volviendo por la de los Reyes, que en ese rincón tiene su origen desembocamos en el cementerio,

rodeado de cercados de plátanos (morirse allá es “irse para las plataneras”). Enclavado a orillas del mar, desvévalo el Océano con su eterno sollozo. Allí vivió el poeta la lápida de Erika, la desconocida muerta de veinte años, que le inspiró el mejor acaso de sus poemas⁽⁵⁾:

*Allá en la lejanía está el recuerdo.
Todos al mencionarla la habrán visto
dulce llegar como la brisa amada
cuando se nubla el sol llega a los nichos.
El nicho está al entrar, junto a unas flores;
el mejor nicho que hallé fue para ella;
las mejores flores para ella fueron. Esto ha dicho
el que la acompañó y tornó sin ella
al darles cuenta de lo sucedido.
Erika puso sobre el mármol
ha de decir el hombre con quien vino;*





*fué de un pueblo lejano, tan lejano
que tiene el mayor mar como camino.*

¡El mar! Recuerdo obsesionante, paraíso perdido para el que habiéndose criado en las islas, se ve forzado a vivir lejos de sus orillas.

*El mar es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré de niño su salobre fragancia
y aún llevo en mis dedos su bárbaro fragor.*

Así cantó Tomás Morales⁽⁶⁾, quizá el poeta más representativo de nuestro modesto Parnaso, a quien los dioses se llevaron en la plenitud de su talento. Él dibujó de mano nuestra el tipo de esos marinos que viven en las actividades de la pesca en la costa de África, “roncotes”, como allá se les llama, personajes ingenuos, inocentemente hiperbólicos, que en tanto al saco de los fardos están tomando el sol

*relatan las antiguas andanzas marineras
en las que acaso fueron héroes un día,
o que en la taberna del muelle apuran
lentamente sus copas de ginebra, mientras
uno muy viejo cuenta su historia, de grumete
hizo su primer viaje el año treinta y siete
en un bricarca blanco, fletado en Singapur...
y contemplando el humo y relata conmovido
un cuento de piratas, de fijo acaecido
en las lejanas costas de América del Sur...⁽⁷⁾*

En las gentes, ingenuidad, hombría de bien, sentido, exacerbado a las veces, del ridículo, que suele ir acompañado de una cierta socarronería de buena ley. En el solar canario, luminosidad, dulzura del clima, riqueza material. Muchos son los que han sentido el irresistible contacto de esa tierra de privilegio y o se han quedado en ella ya para siempre, o la han visitado periódicamente, en una especie de peregrinación sentimental. El caso más

insigne es el del compositor francés Camilo Saint-Saens. Cierta desgracia familiar, al parecer la muerte de una hija de que no estamos seguros, le forzó a salir de París y a embarcarse en Marsella, sin rumbo determinado. La casualidad le condujo al Puerto de La Luz, y a poco la ciudad de Las Palmas podía ver por sus calles a aquel diminuto francés, *de barbiche romantique*, hombre de buen humor y un tanto caprichoso, pues o tocaba al piano con un solo dedo la marcha real o se empeñaba cerca de la empresa del teatro Cairasco, para que se le dejase cantar el cavernoso Monterone de Rigoletto. Mas no tardó en llegar a Las Palmas un número de la *Illustration* con el retrato del desaparecido organista de Notre Dame, y ya se comprenderá la sorpresa y el júbilo de las gentes al comprobar que el franchute tenido hasta aquel momento por comisionista, era nada menos que el autor de *Sansón y Dalila*. Desde entonces Saint-Saens no dejó ningún año de visitar la tierra que le nombró su hijo adoptivo en una inolvidable ceremonia. Ni será maravilla para el que repase el índice de su producción tropezarse con títulos como *Vals canariotte* y *Las campanas de Las Palmas*, feliz interpretación del repique tradicional en las grandes festividades.

Es cosa bien sabida que la existencia y prosperidad económica del archipiélago se concreta en torno a sus dos grandes puertos: el de Santa Cruz de Tenerife y el de Las Palmas, uno de los mejores de España. De grandes reformas materiales, ensanches, muelles nuevos, desaparición de viejas calles, obras de saneamiento llevadas a cabo en tiempos recientes tenemos noticia. Pero a nosotros plácenos recordar el puerto de la Luz de nuestra infancia y adolescencia, el que susci-

taba nuestros ensueños juveniles de más amplios horizontes, y que ahora, de vuelta de tantos desengaños parece llamarnos con amoroso gesto; del que canta nuestro poeta máximo en un soneto inolvidable⁽⁸⁾, del

*Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico
Con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna sobre el azul romántico
rielando en la movable serenidad marina...
Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido.
Fingen en la penumbra fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
rielando entre las aguas muertas de la bahía;
Y entre tanto rompiendo la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado
vierte en la noche el dejo de una melancolía.*

AGUSTÍN MILLARES CARLO

Comentarios y reedición:

CARMEN BOLAÑOS MEJÍAS

NOTAS:

- (1). Sobre el modo de integrarse en la sociedad mexicana, y los primeros remedios ideados para “sobrevivir” y adaptarse al nuevo ambiente, véase HERNÁNDEZ DE LEÓN PORTILLA, A.: “*El primer año del exilio español en México*”, en *Historia* 16 (1984), 9, nº 94, págs. 11-22.
- (2). Los detalles sobre la vida de A. Millares Carlo en México, así como su participación en las actividades culturales y en las publicaciones organizadas por los exiliados españoles pueden consultarse en MOREIRO GONZÁLEZ, J.A.: *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*. Islas Canarias. Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1989, págs. 155-164.
- (3). Publicado en *La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), el 28 de junio de 1936, tenía como título “El canario que estuvo en La Habana”. La ocasión vino determinada por la tirada de un número especial de ese periódico dedicado a “Canarias y sus hombres en América”. En concreto el artículo de Millares se incluyó dentro de un apartado que se tituló “Canarias y la isla de Cuba”. Millares describió una serie de escenas entrañables con la visión que a los emigrantes canarios les quedó de Cuba tras su regreso a casa.
- (4). Se publicó en *Las Españas* en febrero de 1956, pág. 14.
- (5). QUESADA, Alonso: “Erika (1882-1902)”, en su obra *El lino de los sueños*. Millares era buen conocedor de este libro de poemas, pues se había encargado de presentarlo en el Ateneo de Madrid.
- (6). Se refiere al poema “*Los puertos, los mares y los hombres de mar*”.
- (7). Fragmento del Soneto II de los Poemas del Mar.
- (8). Se refiere al Soneto I de los Poemas del Mar de Tomás Morales.